

QUE TE COMA EL TIGRE



COLECCIÓN IMPRESCINDIBLES



003

COLECCIÓN IMPRESCINDIBLES

QUE TE COMA EL TIGRE

Augusto
Higa



 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Que te coma el tigre

© 2021, Augusto Higa

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

Diseño de portada: Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena
del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: mayo 2021

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4431-52-4

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900800

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N.º 2019-10106

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate
Vitarte, Lima 3 - Perú

www.cecossami.com

Lima - Perú, mayo, 2021

El equipito de Mogollón

Te lo podría contar de memoria: fue en el Obrero, la tarde de un domingo de febrero. La muchachada aplaudía desde las graderías, y el hembraje gritaba y zumbaba hasta la rabia, inspirados por como estábamos. Recuerdo al cobrizo Hernández, macizo, compadrito y retacón, bigotito a lo húngaro, con su carrerita pendeja y una patada madre. Cómo le daba a la bola. Tenía un estilo bien desgraciado. Se inclinaba a la derecha haciendo un guiño de cintura; de pronto saltaba, amarraba una pierna y le ponía el beso a la redonda con la zurda. Agárrala si puedes, baboso. Parecía increíble. Julio Díaz, Julito, se iba como *jet* por su zona, dejaba por los suelos a cuatro zagueros, dribbleaba uno más y, pun, servía al centro. Valerio saltaba, la paraba de cabeza, le hacía dar botes en la frente, y antes de que cayera, la bajaba y le tiraba media vuelta en compás. Feroz y gol. Mama mía. Así, con clase, fueron los goles, ¿cómo no recordarlo? Pastito duro, doscientos trofeos, campeones, veinte mil aplausos. Parecía un loquerío cuando tomábamos la bola. Finta, suave y entra. Devolución, *dribbling* y suelta. Ahí se armaba el corito y empezaba la maquinita desde la gradería. Ufa

por acá. Ufa por allá. Mogollón, ra, ra, ra. Cómo gustábamos, señor. Era el equipito y su *ballet*. Usted sabe cómo juegan en la profesional esos arrabaleros: sin grandeza y acartonados. Pero mire mi equipito tirando a la corta y por las alas, mire cómo rota la pelota y cómo trata a la de cuero. Saque cuenta y sume. Dime cuántos goles caben en cinco minutos, y cómo se puede entrar al arco sin pasar por el área chica. Dime, cómo se conforma un once y dónde hay uno. Si usted lo conoce, si usted sabe que son guapos y dominan su técnica. Si usted conoce a ese equipo, tráigamelo por favor. Aquí le presento a mi Mogollón, el equipito, para servir a usted. Mire las piernas del puntero. Agarre las manos del arquero. Palpe la cabeza de ese lanza y dígame si esto no es fútbol, compañero: un arte. Se gana o se pierde, piénselo bien. Aquí no hay geometría ni cuento que valga, aquí hay que poner un equipito en el gramado, con coraje, con garra y amor. Y el Mogollón era algo más: juego fino, de escuela chica, para todos los gustos. Pase de cariño, tuya y mía, devolución a la ternura; come aquí y come allá. Por eso nos querían. Ahí donde pisamos terreno le pusimos la fuerza y el genio. Balnearios nos vio, pero Huacho nos amó, Chíncha nos bendijo, San Juan, Pisco, Ica, ay, puta, cómo no recordar esa gira a provincias. No faltaban ni la furia ni el amor, éramos fuertes con los débiles y colosales con los fuertes. Ni en canchas extrañas nos sacaban los mocos. Hacíamos pasecitos, chalaquitas, caracoles, túneles, y como quien no quiere la cosa, nos salían las paredes a rabiarse. Qué te diré, caray, cuántas gracias, cuántos lujos. De conjunto, nadie nos paraba el paso de la Mona Lisa. Qué táctica, compadre. Un invento genuino. Siempre buscando a Jochón en la tromba; pero antes de eso, Martínez o un defensa la jugaban rápido en el medio. La sabíamos de memoria. Diagonal a los punteros, y ahí agarrábamos el

viaje, salía la viada, y échale a la carga: entraban Julito y Jochón, yunta fenómeno, y la embocaban justo en los verticales. Éramos imbatibles en esas jugadas. Cómo nos asediaban los dirigentes y periodistas, recibíamos la mar de invitaciones para jugar en otras canchas. Cocteles, fotos, qué sé yo, señor. Uno sale en los periódicos medio hundido; te hace impresión la primera vez. Hay una foto... Me parece como si la estuviera viendo, como si la estuviera tocando. Está colocada en la pared, en un marco con ribetes de pan de oro. Es el local del equipo. Parados están guardavallas Antuco, uno con cara de milagro y dos manzanas como vaca; más atrás Pibicho y Hernández, esa gacela de Monterrico. Lo estoy viendo moverse. Tubo Méndez y Jochón el lanza. Los punteros Garrido y Santitos. Están saliendo al gramado de San Marcos (hierba dura, pareja). El *back* González, el que vivía por Gallos. El adversario nos tiene hambre: Bangú, un once de Santoyo, chompas listadas. La domina Martínez y la pasa a Julito. Tienen una barra de ochenta metros, ocupan la zona este. La pelota va y viene, estamos fríos todavía. Bangú avanza. El puntero se acerca, pica y hace un quiebre: dos *backs* pifian. Sigue fácil, el arco tapado. Patea encima de la gente, la bola hace una parábola, Antuco se duerme y se incrusta en la red. Los de Bangú se abrazan, la barra estalla. Ay, Dios. Segundo tiempo. González y Martínez se adelantan. Ataca Mogollón, ellos amarran la bola, la demoran. Viene el callejón, como remolino se enredan las camisetas y ahí nomás uno de Bangú lanzaba la pelota a la bruta y con provocación. Daba rabia. Se hacía la cortada, *dribbling* más y uno de Bangú agarraba la camiseta. Ponía furioso. Cada paso era una patada en el tórax. Entonces vino el genio, la inspiración. Rotación completa. Ufa. Agarra Hernández, devuelve. Puta. Juega rápido. Todos ingresamos a las dieciocho yardas. Ellos también.

Hay dos pases a la derecha; Hernández hace la pared y Julito devuelve cuatro metros más allá. Se acerca el *back* y Hernández gira sobre sí, manda de derecha sobre el aire. Jochón la encuentra, pone la cabeza suave, de enganche; la pelota ingresa justo por el vertical derecho. Nadie reclamó. Limpio gol. Los de Bangú estaban abobados, la barra callaba, parecía terremoto, y como si fuera poco, allí cometieron el error. Salen de su área, se vuelven locos, presionan, quieren llegar al arco, y caen en el juego. Los dejamos ingresar, se cansan, y en una de esas mandamos el contragolpe. Santitos cruza la banda, de pura carrera le gana a la defensa adelantada; sale el arquero y la tira directo al pecho, con fuerza. El golpe le vence las manos y llega al arco, suelta, boba. Ban-dan-gán, caía Bangú. Reclamaron. Se pusieron raros, y toda la hinchada se comió al árbitro. Bárbaros. La que se armó después: un trompis más pendejo esa tarde, linda la porra. Trescientos muertos y veinte mil heridos, ¿no lo recuerdas? Esa misma noche, cuando bogábamos en la fiesta del barrio, entre Roberto Jaimes y el Tarugo Albacoa planeamos la campaña de Balnearios. Porque allá en el sur se jugaba cosa seria: puro tocado y paraguas, con un público rubio de cara bruta. Todos teníamos miedo. No habíamos pasado más allá de Monterrico, Mirones y Empresas Eléctricas, y ahora entrábamos al campeonato de Balnearios. San Carlos: unas fieras. Deportivo Cienciano, chompas amarillas, cuello ribeteado: tres veces a punto de campeón. Nos ponían nerviosos. La primera vez que salimos al gramado hasta las camisetas se nos hacían chicas. Las cosas eran duras en el sur. Si había cada contrario que tiraba a la canilla y con intención. Las barras enemigas pifiaban cada pelota que llevabas y no te digo la de piedras que sonaban en cada esquina. Eso sí que era campeonato. Todos se agarraban al coraje y Dios no te conozco. Pero

una vez que le encontramos el tic, cuando vimos manso el asunto, allí se nos va la fama. En Miraflores éramos unos malditos. Rompíamos con todo en Chorrillos y en Barranco, donde capeábamos la mar de gente, nos echaban rosas y perfumes. Hay que ver cómo nos quería ese populacho. Era para gozarla en sus fiestas, en los clubes, en las plazas. Cómo repletábamos cada estadio. Salía Santitos, en el metro cuadrado se llevaba tres hombres; viene la movida hacía el centro, la toma Garrido, se la lleva con la derecha, la acomoda despacio y corre el esférico, suave, picando. Dos *backs* quedan atrás. Manda al arco, medio curvado, y el arquero queda estático. Gol. No lo podíamos creer. Salíamos en hombros, ¿no lo recuerdas? ¿No te acuerdas cuando llegábamos al barrio? Cómo nos esperaban. Qué paraíso que se armaba. Se la traían toda para recibarnos: orquesta, picapica, una babilonia de comida, y allí se armaba la fiesta. Alguien sacaba la guitarra y el jolgorio venía solo, como persiguiéndonos. Con decirte que venían de todas partes para ver a los morochos amarrados de corbatas y zapateando el piso. Y en una de esas te presentamos a la Mari Juana, ¿no lo recuerdas? Rodilla ancha, ojos apretados; toda muy ella con la blusita blanca tan mona. La mascota del equipo. Día que la llevábamos cómo abundaban los goles; se nos contagiaba el contento, y el que menos hacía la de lujo, pompón y tiro galanudo, para lucirse con la hembra, enamorados como estábamos todito el equipo. Se diría el perfume, la caída del pelo o la caminadita tipo moto, qué lisura. La queríamos como un solo hombre, con un solo cariño. Y cuando faltaba se sentía su ausencia, algo como si calentito te saliera de adentro: una pelusa primero, y luego un perfume, un corazón después. Así de combinaciones cariñosas. Pero tú, el único pelotudo, sufrías más cuando no te miraba; te ponía celoso el buey. Salías de paseo y tenías una

cara de vacío, la frente perdida, como descontroladas las manos. Baboso. Si faltaba poco para chuparte los dedos. Qué querías. Acaso los pájaros en el árbol y el azul en el aire. Sonsonazo. Eras el único que no se daba cuenta. Mira la colocación de sus ojos; ese aire de sonrojo y perfume putito; esa piel aceitosa. Acaso no te dabas cuenta, pavote. Le gustaba los arrumacos y el suspiro, y tú la querías dar en serio, qué carácter. No te salía una, por la pucha. Como si tuvieras el amor en las piernas. Te decíamos desde las tribunas, cabréalo, anda, llévate; y el hombre se te iba, te ajochaba el cabrón, y tú te ponías a contar las estrellas en el verde pasto. Qué alivio, muchacho. Un partido se gana o se pierde; es como la llama de la velita, parpadea y parpadea. Hoy se inclina por aquí y mañana del otro lado. Pero hay que ponerse fuerte y lucharla con lealtad, por compañerismo y emoción. Y tú lo sabías. Faltaban pocas fechas para las finales, íbamos en punta, pero ahí se viene la mala suerte. Rodríguez se fractura; Jochón ni contar, se iba a Trujillo por lo de su hijo. Guardavallas Antuco estaba en duda. Y luego tú, muchacho, no querías dejar la apatía, el engorro. Quién lo iba a creer. Cómo adivinar que tras el sereno en el área, tras el tranquilo después de los goles, se escondía el mimón y remilgado. Quién. Te habían hablado para irte a la profesional. Se te había entrado la loca y ahí estaba el modoso. Toda el habla cambiada y hasta la manera de caminar. Sacabas risitas pendejas y te creías el amo, el blanquito del equipo. Y eso ni en el África, compadre. Está bien que uno sepa amarrar la bola, esconderla tras los botines, lanzar el pique y achicar el área. Está bien que uno sea elemental, la *vedette* del equipo, el goleador en el cuño. Pero hay la ley, un equipo es once, y no hay tu tía, muchacho. Con todo el dolor del corazón. Tú comprendes. Ese equipo no era cualquiera, era el equipito de Mogollón, un

cuadro como pocos: un alma, un destino, una emoción. Campeones en la liga, los amos de Balnearios. Ni hablar en el Obrero y en el Nacional. Allí donde la pisamos estuvo la pasión. Y lo tuyo era insulto por los cuatro costados, muchacho. Quizá no te comprendimos en tu amor propio, en tu orgullo pueblerino y remolón. Pero cómo perdonarte esto. Justo en la final para el campeonato de ascenso a la división. Justo. Todo el año fogueándola duro, tirándose a los rivales, demostrando calidad, y luego se lo lleva el agua. Da rabia. El santo no es de uno, pero hay que ser macho para ver cómo se lo lleva el viento. Y aquel domingo mandamos la reserva. Jacob, dale, tú la puedes. Aranibar patear. Romualdo echa. Todo el equipo estaba allí, en un solo pensamiento. Viene una pelota, ataque. Hay un rechazo, suelta. Tira. Ahí como se le ve, estábamos en la pasión. San José tenía semiprofesionales y eran fenómenos, altos como edificios. Características recias, fogueo desde el saque, todo vapor, la bandeja y tiro al gol. Así jugaban los condenados, con su ocho, cumpa Salinas, uno que sabía dar cachetadas al encontrón, muy fullero, muy sabido el tipo. Estamos sobre los treinta minutos. El público repleto corea. Los equipos están sobre el *field*. San José avanza. Traba Mogollón. Hay un remolino de hombres; la pelota gira hacia arriba. Uno de ellos pone la cabeza; nuestro arquero sale, y Dios mío. Fue el primero. Allí se acabó la suerte. No salía ninguna. Nadie sabía mandar el ataque. Todo se desmoronaba. Cómo nos dolió esa vez; hasta el alma se me descontrola al recordarlo, y la culpa no era tuya, muchacho. Nunca. Sé que en el barrio te agarraron y te dieron una paliza por no querer jugar ese día: estaban en la furia grande, inocente. Tú lo sabes. Casi fue hasta por cariño. Tú lo comprendes. Más tarde te fui a visitar al hospital, ¿no lo recuerdas? Sabías que

lo de la Mari Juana era cuento. Sabía que lo de la profesional era truco. Porque fui el único que supo que el San José te pagaba desde hacía muchos meses, muchacho. Te faltaba la plata, y cuando no hay dinero, se acabó el hombre honrado. Y allí en la sala del hospital, entre las enfermeras y los pacientes, cómo la recordamos, esos triunfos del Mogollón, los campeonatos y las copas, las carreritas que sabías tirar por la banda. Linda la tarde en que te fuiste, muchacho...

